



¿Es usted

de derechas

o de izquierdas?

Presentación

«¡Yo soy de izquierdas!» (o, en su caso, «¡Yo soy de derechas!») suele venir a significar aproximadamente lo que sigue para el común de los mortales Narcisos: «¡yo soy la ejemplaridad, porque soy de izquierdas!» (o, en su caso, «¡yo soy la ejemplaridad porque soy de derechas!»). Obviamente si yo soy de izquierdas y buenísimo, usted es de derechas y malísimo; y si yo soy de derechas y buenísimo, usted es de izquierdas y malísimo. La dialéctica puede ir subiendo gradualmente de tono hasta culminar en el paroxismo cuando el así autodefinido izquierdista buenísimo increpa al así heteroanatematizado derechista malísimo llamándole perro fascista, y cuando a la inversa el así autodefinido derechista buenísimo increpa al así heteroanatematizado izquierdista malísimo llamándole estalinista criminal.

En uno y otro caso, sin embargo, brillan por su ausencia tanto la inteligencia como la buena voluntad, sencillamente porque en uno y otro caso tales actitudes resultan infumables, aunque no por ello desgraciadamente infrecuentes. Así que ya va siendo hora de hacer mejor las cosas; ya va siendo hora de abandonar ese narcisismo de vía estrecha que en el fondo se reduce a algo tan simple como ésto: «yo, que soy la bondad, y que por eso defino las cosas, afirmo solemnemente que la mi derecha (o la mi izquierda) son el colmo del buen gusto (o del mal gusto)». Mas si Su Majestad Ego criminaliza a todo lo que no se parece a Su Majestad Ego es porque Su Majestad está anarcisada, quién la desanarcisará. Y aunque Su Majestad no lo sepa se parece mucho al *free rider*, al *gorrón* que obtiene el mismo beneficio que los demás aunque no coopere con la mayoría, siempre que el número de Majestades como Su Majestad no haga peligrar la consecuencia de los objetivos, cosa que en ocasiones llega a suceder.

Ahora bien, en el fondo un Ego narcisista de derecha y un Ego narcisista de izquierda como el de Sus Majestades -madre de todas las batallas- parécense tanto entre sí como dos gotitas de agua, y eso es precisamente, no otra co-

sa, lo que les lleva a repelerse, sujetos narcisistas exclusivamente sujetados a su propio subjetivismo.

No negamos que Narciso también campee a sus anchas en ese terreno del «yo no soy ni de derechas ni de izquierdas», claro está, sobre todo porque también ahí encontramos convicciones narcisistas del tipo «yo soy buenísimo y apoliticísimo porque yo no soy de izquierdas ni de derechas», y en consecuencia «usted que es de izquierdas o de derechas está alelado, permanece en la inopia, o todavía no ha salido del embeleco antiguo».

Visto el panorama, si en medio de todo hubiéramos contribuido con el presente ACONTECIMIENTO al menos a situar bien las cosas -tal como lo hemos pretendido razonando de todo corazón y con todo el corazón- habríamos hecho un modesto servicio a la izquierda, a la derecha y al centro: pues ni la izquierda, ni la derecha ni el centro pueden ser a priori el lugar de la ética (personal y comunitaria), sino que por el contrario la ética personal-comunitaria ha de ser a priori el lugar en que hayan de inspirarse la derecha, la izquierda y el centro, porque de la ética nadie tiene monopolio, sino una humilde participación entusiasta que sólo gozarán las personas de buena voluntad capaces de argumentar desinteresadamente, de ponerse en lugar del otro, y sobre todo en el lugar de la viuda, del huérfano, del extranjero.

Lo que queda fuera del rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero no es sino retórica narcisista, retórica narcisista que no deseamos ni a nuestros lectores ni a nadie, ni siquiera a los Narcisos al uso y consumo, por mucho que hablen y hablen desde los medios que reparten dividendos o desde los enteros que sólo saben dividir sin entereza.

Hoy sabemos que no se puede construir el cielo en la tierra, según quisieron primero Heine y luego Marx, aunque sí puede prepararse. Y el camino político que ha de preparar el cielo en la tierra es el purgatorio: «el camino -el método- es el Purgatorio», en frase de María Zambrano, aquella gran mujer. ■

Izquierda y derecha

Génesis e Historia de una diada

Mariano José Sedano

1. Cuando las palabras no son inocuas

Antes de adentrarnos en los vericuetos históricos para rastrear las huellas de esta división del mundo político e ideológico, no estará de más repetir y recordar que las raíces de esta diada se encuentran en las más profundas cavernas de la semántica y han cristalizado en una amplia gama de conceptos de sobra conocidos.

Derecho -a' equivale a recto, justo, razonable, legal, sincero, sin torceduras ni sinuosidades. De quien no da pie con bola y lo hace todo mal decimos que *no hace nada a derechas*, de donde cabe colegir que hacer las cosas a *derechas* es hacerlas correctamente. En el trato diario existen también comportamientos que reflejan lo que las palabras dicen. Cedemos la derecha, en señal de deferencia, como si diésemo lo más noble de nosotros mismos. Por el contrario, *izquierdo* -a es la antítesis, incluso axiológicamente hablando. Lo izquierdo es lo torcido, lo no recto. *Izquierdear* es obrar insensatamente y nadie en su sano juicio aspira a ser *un cero a la izquierda*. Esta connotación negativa se acentúa aún más en la forma latina del concepto. El vuelo de las aves por el lado no-derecho de los arúspices era un presagio de mal agüero. De ahí toda la carga trágica y funesta del término.

Probablemente habría que remontarse a los orígenes culturales para descubrir de dónde arrancan tanto la diada derecha-izquierda cuanto sus connotaciones valorativas. Con todo, parece que la existencia de una valoración positiva para la derecha y negativa para la izquierda y la correlación de ambas no es exclusiva de la cultura occidental ni reducible al ám-

bito judeo-cristiano (donde Cristo aparece a la derecha del Padre, que es el lugar de los justos en la parábola del juicio final en Mt 25,33, mientras los condenados son colocados a su izquierda). Curiosamente en muchas culturas el lado derecho significa apertura, evolución y futuro, mientras el lado izquierdo representa lo pasado, la involución y lo oscuro.² La antítesis con la historia política y social de ambos términos es evidente. Tampoco está siempre en concordancia el concepto semántico de los términos con la valoración histórica y cultural de los mismos. Desde hace bastante tiempo la mitificación y *santificación* de la izquierda es evidente en la cultura occidental.

Los cambios culturales con respecto a los términos en cuestión nos hablan de una complejidad que no se deja atrapar por el maniqueísmo de buenos y malos o luz y tinieblas. No hay que buscar, pues, en la división izquierda-derecha una especie de fundamento *in re* que tendría un trasfondo cultural, simbólico y lingüístico. La verdad de las cosas, sin embargo, es, como tantas veces sucede, bastante más simple. Puede ser que haya obedecido, al menos en su origen, a una pura casualidad o arbitrariedad.

2. El origen histórico de los términos

Estamos en París. En el París de la Revolución Francesa. La Asamblea Constituyente trabaja en Versalles para dar una Constitución al reino de Francia. Aún no existían los partidos políticos. Entre los miembros de la Constituyente se daban, sin embargo, tendencias muy diversas

que iban desde el absolutismo más rancio (no olvidemos que una parte notable de la Asamblea estaba formada por los estamentos de la Nobleza y el Clero) al constitucionalismo más radical (donde encontramos ya desde el principio a Robespierre) pasando por el sector más moderado, que conformaba la mayoría de la Asamblea.

Estos grupos o tendencias se denominaban de varias maneras. Los partidarios del absolutismo eran los negros,³ mientras los defensores de la Constitución recibían el nombre de patriotas. Sin embargo aún no tenían una asignación geográfica o espacial que los calificase. Llegará en el curso mismo de la acción parlamentaria.

El 11 de septiembre de 1789 la Asamblea discutía acaloradamente acerca de qué facultades tenía el monarca con respecto al poder legislativo representado por la Asamblea. Más concretamente, la discusión se centraba en qué tipo de veto podía interponer el rey frente a las decisiones de los parlamentarios. En un momento dado, antes de la votación definitiva, los miembros de la Asamblea favorables a otorgar al rey un derecho de veto amplio se situaron a la derecha del presidente. A su vez, los partidarios de recortar el derecho de veto al máximo se situaron a la izquierda.

El motivo de esta reagrupación cabe suponer que era el mutuo apoyo en la búsqueda de argumentos para la exposición y la réplica a los adversarios. La ubicación a la derecha y a la izquierda fue, a lo que parece, del todo espontáneo y aleatorio.

Con un hecho tan banal nacía, sin embargo, una concepción de la política destinada a perdurar. La lucha parlamentaria hizo que las tendencias se polarizasen todavía más. Cada grupo tiene su lugar en la Asamblea y fuera de ella, con lo cual los grupos se definían y cohesionaban cada vez más. Esta será la obra de los *clubs*, lugares de reunión y discusión, donde los diputados con sus partidarios revivían los debates de la Asamblea y preparaban sus propuestas y su artillería dialéctica contra los grupos adversarios. Cada tendencia tenía el suyo. El más famoso fue el de los patriotas, el club de los *cor-*

deliers que se reunía en el convento de los jacobinos de la calle Saint-Honoré, de donde le viene el nombre al grupo político.

La división entre derecha e izquierda se refleja y expresa de un modo muy elocuente en la prensa del momento. Los partidarios del absolutismo tenían sus periódicos como *L'Ami du roi*. Los patriotas leían varios periódicos entre los que destaca *L'Ami du Peuple*, dirigido por Marat, que vio la luz en septiembre de 1789, por los mismos días en que surgían los conceptos de izquierda y derecha.

La polarización y la radicalización de las tendencias azuzada por los debates, la prensa y la acción de los clubes favoreció también la fragmentación de los bloques. En la Asamblea surge un grupo compuesto por los patriotas menos exaltados que temen a los jacobinos y por los aristócratas más perspicaces que se dan cuenta de que hay que admitir cambios para no perderlo todo. Están satisfechos de lo ya realizado y quieren ir despacio. Se situarán en el centro de la Asamblea, como no podía ser menos. Dentro de los jacobinos también surgirán tendencias moderadas frente al extremismo de algunos dirigentes.

En el siguiente período de la Revolución, las escisiones dentro del sector *patriótico* de la Cámara, es decir, el grupo de la izquierda, va a provocar el nacimiento de una nueva concepción en la división ideológica de los partidos. La diada horizontal (derecha-izquierda) pasó a convertirse en diada (triada) vertical. La antigua izquierda moderada que se opone a la presión de los clubes jacobinos pasará a denominarse *La Gironda*. El sector más radical se denomina *La Montaña*, por estar sentados en los bancos más altos de la Convención. Entre ambos grupos se sitúa *La Llanura*, o centro, que eran la mayoría de los parlamentarios. Esta división vertical, sin embargo, desaparecerá al terminar la Convención y no tendrá éxito.

En Francia la división izquierda-derecha se consagra definitivamente en 1814 con la Restauración. En la Asamblea legislativa los grupos que no eran partidarios de la Monarquía, sino que mantenían el ideal republicano anterior se situaron a la izquierda del presidente. Con ello

se revalidó la ubicación espacial y también el contenido ideológico del concepto *izquierda*. Las otras opciones pasaron a denominarse *derecha* por exclusión.

3. Algunas reflexiones al hilo de la historia

1. ¿Por qué los grupos ideológicos más progresistas pasan a denominarse izquierda y los más conservadores derecha? ¿Por qué esta división espacial horizontal en lugar de una división vertical: arriba-abajo? Algunos defienden que era *lógico* que triunfase el vector horizontal debido al contexto revolucionario de lucha contra el poder estamental del absolutismo que marcaba mucho más la idea de arriba y abajo, de desigualdad social. En un momento en que se lucha por la igualdad y la libertad se postulaba una división de tipo horizontal, más que vertical. Creo conveniente insistir en el origen casual de la nomenclatura. Cuando surge el término, en septiembre de 1789, no se puede decir que esté superado el sistema estamental. El rey tiene grandes poderes y la nobleza sigue vigente, aunque hacía unas semanas que había perdido sus privilegios y derechos feudales. No deja de ser curioso que se aventure una nomenclatura distinta, de tipo vertical (Montaña-Llanura) precisamente cuando ya no existe la Monarquía y el proceso de superación de la sociedad estamental estaba muy avanzado.

2. La necesidad de ubicación en la cámara se vio como una necesidad. La acción parlamentaria exigía que los diputados de parecida ideología o intereses se uniesen para reflexionar, debatir y comunicarse entre sí con mayor rapidez las ideas, argumentos y estrategias. Esta definición por un lugar en la cámara también ayudaría a los grupos políticos a presentarse bajo algunas ideas o tendencias a los electores. La acción ideológica de los clubes y de la prensa hará el resto.

3. La verdadera identificación de la izquierda parlamentaria con un contenido de tipo crítico y progresista no data de la época de la revolución Francesa, sino de la Restauración en 1814. La izquierda política se ha definido mucho antes que la derecha. La derecha lo ha hecho históricamente más tarde y siempre a la contra. El ejemplo de la historia de los partidos políticos españoles es clara, pero en Francia también sucede. Incluso durante la Revolución, los grupos menos radicales están más dibujados, apenas ejercen presión porque no cuentan con clubes, tienen menos periódicos y bailan al son que más les conviene. La razón creo que es obvia. Los que quieren transformar el *status quo* son los que dan el primer paso y atacan. Los que están bien como están, desean conservarlo y defenderán el orden establecido mientras puedan o llegarán a pactos para perder lo menos posible.

Notas

1. En la tarea de agavillar estas acepciones me he servido del siempre necesario Diccionario de Uso del Español, de María Moliner. Cfr. M. MOLINER, *Diccionario de uso del Español*, 2 tomos, Madrid, 1979.
2. Cfr. J. E. CIRELOT, *Diccionario de Símbolos*, Barcelona 1969, 200-202.
3. Es curioso este nombre si tenemos en cuenta que el blanco era el color de los borbones. Imagino que el nombre les vendrá más bien de la reina María Antonieta, cuyo color, por la casa de Austria era el negro. No olvidemos que uno de los incidentes que desprestigiaron más a la monarquía fue el del banquete de los guardias del cuerpo el 1 de octubre de 1789 en el transcurso del cual la escarapela tricolor (*cocardre*) fue pisoteada en presencia de la Reina y cambiada por una de color negro. En España a los sectores más liberales del arco parlamentario de las Cortes de Cádiz se les llamaba precisamente *los negros* por contraposición a los partidarios del absolutismo que eran designados como *los blancos*.

Quién es quién ante la «derecha» y la «izquierda»

Pablo López López

Filósofo.

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. La cuestión

No ha habido ni hay gente de «izquierda» o «derecha», pues tales términos han sido y son demasiado confusos y contradictorios en la teoría y en la práctica (cf. nuestro artículo *¿«Izquierda» o «derecha» por obligación?*, en ACONTECIMIENTO, nº 36). En cambio, sí hay personas que se dicen de «derechas», de «izquierdas», de «centro» o que se excluyen de tales denominaciones. Tales grupos no son homogéneos, pero cabe buscar sus respectivos motivos. En todo caso, la cuestión no es «qué es la derecha y la izquierda», sino *por qué hay alguna gente que gusta decirse de «derecha» o de «izquierda»*. Este grupo de personas que, pese a su proclamadísima diferencia «derecha-izquierda» se basa en unos principios ideológicos y psicológicos comunes, está menguando con la época histórica que lo vio nacer. También es significativo *por qué decrece*.

2. Los grupos en torno al binomio «izquierda-derecha»

Ante todo hay dos grandes grupos de personas: (1) el de *los que insisten en el binomio «derecha-izquierda»*, con la variante ocasional de «centro» y las eventuales precisiones de «extrema derecha» o «extrema izquierda»; (2) el de *los que no se identifican ni identifican a otros con tal binomio*, aunque circunstancialmente por influjo del otro grupo, en general de mayor verbosidad y belicosidad, puedan emplear dichos términos u otros similares como «conservador» y «progresista», «socialista» «liberal».

Dentro del primer grupo ha de distinguirse: el sector de *los realmente convencidos* de las su-

puestas peculiaridades de la «derecha» y de la «izquierda», lo cual no implica claridad y coherencia de ideas; y el sector de *los que, movidos por un genérico espíritu militante, se ven arrastrados por dichos encasillamientos* al intentar comprometerse en una organización o corriente compacta y que suene. Para éstos últimos el resultado es que en lugar de estar luchando contra unas injusticias reales, ellos se agotan en luchar contra el grupo considerado enemigo, dentro del cual hay muchas personas con las que podrían entenderse y colaborar. Ciertamente hay posiciones irreconciliables y muchos problemas obedecen a unos culpables a los que hay que enfrentarse, pero en tantas ocasiones el encasillamiento «derecha-izquierda» genera disputas y conflictos artificiales y falsos que agravan los problemas. No olvidemos que entre los del primer sector ya aludido de «convencidos» de la «derecha-izquierda», se encuentran *los interesados en mantener la cizaña y el conflicto* para así perpetuarse en sus cargos de agitadores y representantes.

El segundo grupo tampoco es homogéneo. Los hay simplemente *indiferentes o escépticos* hacia la política en general, de manera que no se identifican con ideario político alguno, llámese de «izquierda», de «derecha», de «arriba» o de «abajo». Obsérvese que también podríamos completar el análisis del anterior grupo, el de los «derechistas-izquierdistas», señalando un nutrido grupo de indiferentes o indolentes, de acomodados en la inactividad de sus trincheras. Son los que ni están realmente convencidos del binomio, por intereses o por cierta argumentación, ni han sido arrastrados por sacar

¿Es usted de derechas o de izquierdas?

adelante una militancia en una corriente de renombre. Ellos han sido «de toda la vida» de «derechas» o de «izquierdas» y ahora no van a perder el pedigrí, aunque eso no signifique nada en sus ideas, en sus vidas ni en sus compromisos. Los indiferentes son legión tanto entre los «filobinómicos» como entre los «abinómicos». Sin embargo, el segundo grupo, el de los que no se sujetan al binomio «derecha-izquierda», albergan asimismo a quienes de una u otra forma militan denodadamente y van construyendo su ideario en diálogo con todos. Ellos asumen unos compromisos asociativos y unos calificativos de su ideario con tal de que posean un mínimo de consistencia y claridad, rebasando así el simplismo y la beligerancia por principio.

3. Los motivos ideológicos y psicológicos del binomio

Descritos genéricamente los grupos y subgrupos surgidos en torno al hecho de decirse o no de «derecha» o de «izquierda», retomemos la cuestión clave del principio: por qué hay alguna gente que gusta decirse y calificar a unos y otros como de «derecha» o de «izquierda». Ya hemos advertido entre los aficionados al binomio los amplios sectores de indiferentes o meros tradicionalistas de la nomenclatura, de militantes de buena fe, arrastrados por tales alinaciones, y de condotieros interesados en crear bronca (éstos son los profesionales del binomio). Pero al menos quedan unos motivos específicos de orden ideológico y de orden psicológico que muestran cómo constituyen un grupo con una fundamental unidad, los que entre sí agitan sus banderas para atacarse en función de las llamadas «derecha» e «izquierda».

Por confusa que sea su doctrina, es sabido que históricamente el binomio empieza a usarse en la Revolución Francesa, dentro, por tanto, de una ideología iluminista. Por su parte, marxismo y liberalismo económico, por más que se contraríen, tienen su origen común en la Ilustración y su mito del progreso prometeico y mecánico. Marx procede principalmente de Hegel, de cuya dialéctica realiza una inversión materialista. Hegel, a su vez, lleva hasta las últi-

mas consecuencias el racionalismo incoherente del ilustrado Kant. La doctrina del liberalismo económico o capitalismo moderno procede en sus bases del empirismo de cuño ilustrado británico. Marxismo y liberalismo económico, como tendencias más señeras de lo que se ha ido llamando respectivamente «izquierda» y «derecha», están empapadas, por un lado, de contractualismo, no surgido en la Ilustración, pero muy refrendado en la misma, y que comporta la mera democracia formal o «liberalismo político» que nos coarta, y, por otro lado, de maquiavelismo. La astucia de la Razón y la astucia del Mercado maquiavélicamente lo resolverían todo sin miramientos por las muchas víctimas que se agolpasen en las cunetas del Progreso. Unos y otros conciben la vida como lucha sin cuartel, lucha de clases o lucha de mercados, de las que sólo el «superhombre» saldría victorioso sobre las cenizas de sus derrotados. La «autonomía de la razón» de la Ilustración se expresa con su máxima nitidez en la «voluntad de poder» de Nietzsche. Lo que caracteriza el iluminismo del que procede el binomio, es no sólo la exaltación de la lucha, de la guerra, sino también la inmisericordia. La persona humana como tal no cuenta. Cuenta el sistema, el partido, el futuro colectivo, si eres de éstos o de los otros, de «derecha» o de «izquierda». El fin justifica cualquier medio. Todo ello ha desembocado en una crasa actitud antinatalista, hedonista y utilitarista ante la vida humana, que no vale por sí misma, sino en cuanto rinda.

En el orden psicológico las notas dominantes son el maniqueísmo y la autosuficiencia prometeica conexas. Se ve la vida con el simplismo de una vieja película de buenos muy buenos, los del propio grupo, y malos muy malos, los otros. A éstos hay que eliminar, porque, además, no sirven para nada, ya que «los buenos» se bastan a sí mismos.

4. Disminución y resistencia de los adeptos al binomio

Ahora, pese a lo atractivo del simplismo mental y del narcisismo emocional, ¿por qué disminuye el número de adeptos al binomio? Un triste

motivo es el aumento de *la indiferencia política*, que el mismo binomio ha fomentado. La gente se cansa de tanto aspaviento emocional carente de contenido y de soluciones. Alguien incautos incluso se dejan engatusar por el sofisma del «fin de la historia», tendencioso a favor del neoliberalismo y de la democracia formal. Pero otro factor precisamente es que muchas personas terminan *dándose cuenta de la futilidad del esquema*. Quienes de éstos suman ya numerosas primaveras, suelen aferrarse emotivamente a un *pasado idealizado* en el que aquella «derecha» o aquella «izquierda» no era como la de ahora, traidora y mezquina. Sin embargo, es antes, amén de exageradamente idealizado, no se sitúa a partir de una fecha mínimamente precisa. Se confunden algunos buenos recuerdos de juventud, en la que en verdad pudo haber idealismo y utopía, con una supuesta coherencia y solidez de ideas que nunca acabó de cuajar. Al maniqueísmo consabido añaden el de la buena y la mala «izquierda» o el de la buena o mala «derecha». Lo cierto es que bajo uno y otro estandarte se ha generado y se genera mucha *violencia*, aunque se proclamen algunos altos valores con cierta terminología y tópicos que han acabado sonando a «izquierda» o a «derecha». Algo distinto es que a la sombra de estos estandartes de violencia hayan militado de buena fe personas muy buenas y entregadas. Muchos de los que aún defienden un supuesto pasado glorioso de «su izquierda» o de «su derecha», confunden la defensa de la memoria de tales personas buenas con la del estandarte bajo el que se colocaron.

En todo caso, lo que ha civilizado a los «izquierdistas» y a los «derechistas» más convencidos y radicales, es *la democracia*, cuyo difícil parto se va realizando a pesar de unos y otros que la dicen defender. Si por ellos fuera, la anegarían en una de sus más características creaciones: *la partitocracia*. Con un alineamiento de partidos políticos enfrentados a muerte por el poder en la Revolución Francesa nació el binomio «derecha-izquierda». Pues bien, este origen histórico tan preciso y tan reciente debiera recordar a los «izquierdistas» y «derechistas» más empedernidos que al menos tales califica-

tivos *no son atributos eternos de la naturaleza humana*, como la división en sexos. Para ellos la persona «es» de «derechas» o de «izquierdas» y no soportan que alguien no se encuadre bajo una de las dos denominaciones políticas. Desde ahí *invaden* con el binomio todos los campos de la vida social, cultural y espiritual. En todo, hasta en la Iglesia, se ha de ser de «derechas» o de «izquierdas». Reescriben rápida y anacrónicamente la historia y nos enteramos de que don Pelayo y los Reyes Católicos eran de «derechas» y Jesucristo un hippy de «izquierdas». Sería para reírse, si no fuera por las deletéreas consecuencias que este pensamiento conlleva. De cualquier forma, por todo lo razonado resulta *una impostura intelectual* el seguir girando en torno a la «derecha-izquierda», eje que los mismos intelectuales supuestamente «izquierdistas» o «derechistas» casi nunca se atreven a definir con un mínimo detenimiento por la cuenta que les tiene. El binomio sólo es humanamente comprensible desde *la agitación política*, en la que han cabido tanto la ingenua buena voluntad como la manipulación más descarada.

5. Los pobres, víctimas del binomio

Mas por encima de todo se ha de aclarar que *jalear estos encasillamientos no es hacer ningún favor a los pobres*. Antes al contrario, es jugar con ellos como con una entelequia abstracta a la que se dice defender, cuando lo que de veras importa desde un principio, es el propio sistema y facción y el poder sobre los otros. Los pobres siempre son las víctimas de las guerras frías y calientes de los tendenciosos. Para ser de los pobres y para los pobres falta a las categorías «derecha» e «izquierda» la misericordia, concepto que en ambas parece ajenísimos, una intromisión paternalista de la teología de estirpe abrahámica. Y, si de hecho hay personas que diciéndose de «izquierdas», de «derechas» o de ninguna de las dos, se dedican ejemplarmente a los pobres, es porque la persona siempre puede superar los márgenes de los encasillamientos verbales y de las estructuras partidistas, y porque *para nada es necesario llamarse de*

«derechas» o de «izquierdas» para optar por los pobres. Más bien suele ser un estorbo. De ahí que constituya el colmo de los despropósitos el identificar exclusiva y maniqueamente la «izquierda» o la «derecha» con la defensa de los pobres y con la ética. Ni lógica ni empíricamente se sostiene tal aserto, que además manifiesta falta de autocrítica y de respeto a los méritos y posibilidades del otro. *Nadie es quien para anticipar el Juicio Final.* Pero, aun reconociendo ciertas debilidades del binomio, hay quien *supersticiosamente* se acalora al pensar que, si no se proclama la pertenencia a uno de los dos términos, se pierden las esencias, los ideales y el espíritu de revolución. Mas no es así. Insistamos en que nadie nos anticipará el Juicio Universal, con las ovejas a un lado y los cabritos al otro.

6. El personalista ante el binomio

Tras analizar en breve lo que impulsa a unos y otros a situarse ante los calificativos «derechista» e «izquierdista», deteniéndonos especialmente en los motivos ideológicos y psicológicos de quienes se consideran como tales, preguntémosnos cómo se sitúa el personalista ante los conceptos «derecha» e «izquierda». Un hecho es que numerosos personalistas han sido y son de esos militantes de los que decíamos que en cierta medida *se han dejado arrastrar por una de las dos facciones terminológicas* o bien *han sido clasificados abusivamente y sin su aceptación en uno de los dos polos.* Por ejemplo, Mounier abogó por un «socialismo» humanista y dialogó especialmente con los comunistas. Por ello es visto como «izquierdista». Maritain, en cambio, suele ser declarado como de «derechas». Ambos estaban muy por encima de tales encorsetamientos y sabían guardar las correspondientes distancias ante todas las ideologías pujantes del momento y que no respetaban a la persona. Pero la sinrazón de otros personalistas es la de *querer seguir identificándose con uno de los dos términos genéricos de la dicotomía, «derecha» o «izquierda», sin poder concretar en alguno de los grupos ideológicos que dicen componer cada uno de los dos términos.* Así, los personalistas que di-

cen ser «izquierdistas» no pueden ver en ninguna variante ni el considerado «socialismo real» ni la «socialdemocracia», tendencias que han sumado la práctica totalidad de los «izquierdistas». Algunas formas de anarquismos han recogido adhesiones de personalistas sin que esto haya tenido un efecto aglutinador de los personalistas. En conjunto estos personalistas querían algo así como encontrarse en un país sin pisar en ninguna de sus regiones. A lo más, se apela a un limbo decimonónico, no obstante los extremismos ideológicos de la época.

Otra escapatoria en el aferramiento a este atavismo consiste en despistar con un inicial reconocimiento rotundo de que la dicotomía es inasumible por el personalismo y de que, en todo caso, no es relevante hablar de «derecha» o de «izquierda», para, acto seguido y de repente, pasar a consagrar un término de la dicotomía como irrenunciable y necesario en la identidad personalista. El único motivo propuesto para intentar salvar esta flagrante contradicción es que la dualidad fue causada en la Revolución Francesa por la existencia de pobres, realidad que hoy ha empeorado. Pero, por favor, lo que propiamente en la Francia revolucionaria se origina no es ese dualismo terminológico, sino una pugna real, en buena parte ocasionada por un recrudescimiento de la pobreza. El dualismo nominal «derecha-izquierda» fue un subproducto sin mayor transcendencia en la misma dinámica histórica de la Revolución. Y, por supuesto, pobres más pobres que en la Revolución gala ya hubo antes de ésta, y no por ello se aplicó tal esquema. *No hay ninguna relación esencial entre la Revolución Francesa y el binomio, sino muy circunstancial, y aun menos entre la lucha por los pobres y el binomio.* Si esto no se quiere aceptar, resultará que el noventa y nueve por ciento de los «izquierdistas» son unos «traidores», porque o son del «socialismo real» o de la «socialdemocracia». Tal actitud no olería a vanguardia utópica, sino a secta.

Ahora bien, afortunadamente también hay cada vez más personalistas que *se liberan de tales servilismos terminológicos.* Saben que ni la persona ni la defensa de su dignidad «son» de «dere-

chas» o de «izquierdas». No reducen la universalidad y la riqueza de la persona humana ni a un racionalismo germánico ni a un empirismo anglosajón, inválidos hasta para germanos y anglosajones. No se apabullan por la arrogante propaganda de la élite iluminista de que quien no acepte el iluminismo, queda excluido de la ciencia, el progreso y la modernidad. Comparan algunas realizaciones prácticas, algunas consignas y análisis y ciertos adversarios comunes, pero no se identifican con el fondo prometeico y soberbio del iluminismo. Y por descontento toman claramente partido por una revolución simultánea de corazones y de estructuras político-económicas en favor de los pobres, pero no condescienden con ningún baile de máscaras.

7. Libertad en el Instituto Mounier ante el binomio

En el hispánico Instituto Mounier no vivamos aún, como tantos otros, dentro de la órbita del postfranquismo, alineándonos todavía en función del adversario «derechista» del pasado régimen. Si queremos nadar *contra corriente*, no

adoptemos los mismos santos y señas que los gobernantes o los futuros gobernantes de nuestro país. Mas, antes que nada, *no impongamos* un calificativo como el de «izquierda» a todos los militantes y simpatizantes del Instituto. No sólo porque sin hacer cuestión de ello son muchos los que no se empeñan ni se identifican desde tal dicotomía, sino por *un respeto básico a la libertad de conciencia en una cuestión terminológica que para nada exige el personalismo*. No somos un partido político y, aun si lo fuéramos, tendríamos que demostrar mayor inteligencia y autenticidad. Si unos cuantos a título individual no se resisten a presentarse como «izquierdistas», allá ellos. Pero nadie tiene derecho, ni con votos ni sin votos, a imponerlo a otros.

Sea como fuere, en el Instituto Mounier los que están teniendo ganas de trabajar, más allá de calificativos, colorantes y discusiones, siguen trabajando y construyendo en la sociedad el personalismo, respeto global y prioritario por la dignidad de la persona. La persona humana, si es *misericordiosa*, está muy por encima de sus propios enclaustramientos mentales, y de las propias y ajenas miserias. ■

¿Izquierda/Derecha, Norte/Sur?

Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. La falsa síntesis izquierda/derecha

Tiene más enjundia de la que parece aquello de «íbamos a ganar la izquierda pero hemos ganado la derecha». En la confrontación entre izquierda/derecha, el avance del centro derecha y del centro izquierda está indicando la transformación que ha sufrido nuestra sociedad: el centro es el lugar donde se produce la «confusión» entre derecha e izquierda, y es esa misma confusión la que está ocultando la diferencia entre ambas, falsa y peligrosa posición que —defendida por Sternhell en su libro «Ni Derecha ni Izquierda: la Ideología Fascista en Francia»— mantiene la síntesis de las dos ideologías (izquierda/derecha) alegando la confluencia del nacionalismo (derecha) y del socialismo (izquierda), posición falsa porque una síntesis auténtica debe ser superadora, y peligrosa porque hay allí una crítica demoledora a la democracia.

Cuando Marx radiografía la sociedad de su tiempo no necesita de una complicada elaboración teórica, pues los perfiles de los grupos de entonces eran nítidos: de un lado la burguesía (autoridad/orden), del otro el proletariado (justicia/libertad). El conflicto estaba servido: a la frase burguesa «una cosa es libertad y otra libertinaje» se contestaba por los proletarios que «una cosa es la autoridad y otra el *autoridade*». La izquierda está obsesionada por el abuso de poder, la derecha por su ausencia; la primera teme a la oligarquía, origen de toda vejación, la segunda a la anarquía fin de toda convivencia social.Reducida a esquema, la burguesía (la derecha) afirmaría estas dimensiones del individuo:

- La propiedad (dimensión económica).
- La creencia en Dios (dimensión religiosa).
- La cultura (dimensión humana).

Pero lo que transforma estas afirmaciones en burguesas es precisamente la negación de su envés social, pues propiedad/Dios/cultura los quiere el burgués para sí y lo niega para los demás, cometiendo incluso la felonía de colocar como escudos protectores a propiedad/Dios/cultura cuando el proletariado ataca. Un ejemplo gráfico y trágico de esto lo encontramos en nuestra guerra civil.

2. El centro se ensancha... y es fagocitado por la derecha

Alguien podría pensar que, al hacerse más grande el centro, la derecha y la izquierda podrían quedar como fenómenos residuales. No ha sido así, sino que hoy en la sociedad primermundista lo sustantivo en el centro es la derecha y lo residual la izquierda, pues —como dice Kenichi Ohmae en su libro «El Mundo sin Fronteras»— «cuando el P.N.B. alcanza una renta per cápita de 10.000 dólares la religión deviene sector decadente y lo mismo sucede con el gobierno», frase para mí luminosa que sirve para entender el fracaso de tantos planes pastorales —por ejemplo, la catequesis en Europa— por la elemental y sencilla razón de que no se puede servir a dos señores. Por analogía —y sin caer en un reduccionismo puramente economicista— una renta per cápita de 5.000 dólares es clima adecuado para la mística izquierdista («había mística republicana cuando los republicanos morían por la República...»), pero